

guida dí mi mano á la jóven para ayudarle á subir.

—¿Cuál es vuestro nombre? me preguntó ésta ántes de partir, hoy me habeis ayudado, y la gratitud me dicta esta pregunta.

Mi nombre es Genaro, repliqué tristemente, ¿y no será mucho atrevimiento preguntar el vuestro?

Noté que la jóven exitaba como esperando que yo concluyese. ¡Ay infeliz! ningun otro nombre podrian pronunciar mis labios!..... viendo que yo callaba, nada se atrevió á preguntarme, y subiendo al carruage me dijo, nómbrenme Leonor X, si en algo puedo serviros.....

Yo estaba tan turbado, que olvidé en aquel instante todos los cumplimientos de sociedad, y estrechando con fuego la mano de Leonor que se apoyaba en las mias, ¡adios Leonor! exclamé, dedicadme al ménos un recuerdo! .....

La mano de la jóven se estremeció entre las mias, la apartó súbitamente, y con inseguro acento contestó.

¡Adios Genaro, Dios os guíe!

Yo me aparté entónces, y el carruage desapareció con la velocidad del rayo!

Permanecí como enclavado en la tierra, la mirada fija en el lugar en que habia desaparecido

el carruage, el recuerdo de Leonor impreso en el alma; así estuve mas de media hora, al fin volví en mi, recordé el convite de D. Mariano, y apresurando el paso, me dirijí á la quinta con el corazon fijo en la extraña aventura que acabava de pasarme.

Me sentia triste, me consideraba muy desdichado, y sin embargo, al recuerdo de Leonor, mi corazon se entristecía de placer. ¿Qué produciría estas sensaciones? ¡ah, seria tal vez, que el gérmen del primer amor se introducía entónces en mi alma! no lo sé .....

Por fin, llegué á la casa de mi buen amigo, el aspecto de ella era en extremo simpático. Una hermosa verja de fierro la rodeaba por doquier, y se encerraba la habitacion en medio de un frondoso bosque y de un bello jardin: penetré en éste, situado en el lado en que se entraba, y pronto se presentó ante mi vista un hermoso palacio de buena arquitectura, llegué hasta el pórtico, y toqué un bonton eléctrico que servia de campana, presentóse ante mi un Suizo, con su baston en la mano y su elegante librea, y preguntando por D. Mariano, el mozo me interrogó á su vez si era yo el Sr. D. Genaro? contestéle que sí, y las puertas me fueron abiertas.

Me encontré entónces en una sala amueblada

de damasco verde, pasé á una segunda, de damasco azul, y luego penetré á una tercera, de tripe amarillo: en esta ví que D. Mariano venia á toda prisa por las habitaciones interiores; al verme me echó los brazos; ¡con verdadera ansia te esperaba, hijo mio! me dijo, ofreciéndome un asiento.

Señor, le contesté yo con mi franqueza habitual, ántes de venir, tuve que pasar un rato á casa de la familia de D. Justo, para avisarles que no me esperasen hoy.

En los demás domingos, Genaro, añadió mi interlocutor creo que no despreciarás el convite que desde éste momento te hago para que en todos ellos me pertenezcas.

Señor, me apresuré á contestarle; con muchísimo placer aceptaría las muchísimas finezas con que tiene vd. á bien honrarme, pero tengo que manifestarle francamente, que no podría aceptar su invitación.

Y por qué Genaro, me preguntó algo serio D. Mariano.

Voy á satisfacer los deseos de vd., contesté yo entonces. Vea vd. señor, ¿no es verdad que si desde este domingo, quedase comprometido con vd. para pasar los dias festivos en su casa, y siguiese por el espacio de mas de nueve años

esta costumbre, extrañaría vd. mucho, y le disgustaría en extremo, que repentinamente y sin ningun motivo despreciase yo su bondadosa invitación, por aceptar un nuevo convite? ..... medite vd. D. Mariano, y verá si tengo ó nó razon en lo que expongo.

Don Mariano se quedó un momento reflexionando, y en seguida dándome una palmada en el hombro, me dijo.

—Mira Genaro, te comprendo perfectamente, y si por algo te profeso un gran cariño es por tu franqueza, y porque eres muy consecuente; seguramente tú tienes mucha razon en lo que me manifiestas, y como te conozco demasiado, sé que serian inútiles todos mis ruegos para hacerte faltar á tus compromisos; nó debo, ni puedo exigir de tí semejante cosa; pero sí no me negarás por lo pronto una semana cada mes, y luego partiremos esa familia y yo de utilidades, porque si bien es cierto que tú debes gratitud y afecto á los parientes de D. Justo, por el cariño con que te han tratado; tambien es verdad que á mí me debes igualmente esa gratitud y ese afecto, permíteme decírtelo, porque siempre te he tratado de la misma manera ó aun mejor, y ellos podian sin ningun compromiso manifestarte su distincion, mién-

tras que yo por demostrártela en el colegio, he tenido mis malos ratos.

—Es muy cierto, Sr. D. Mariano, le dije.

—Pues bien, igual tiempo hace que te tratamos y distinguimos, justo es por tanto, que al fin y al cabo partamos las utilidades ;no condesciendes, Genaro?

Era imposible ver con indiferencia una fineza tan notable, y aunque de pronto pensé en el enojo que tendría que sufrir por parte de la familia de D. Justo, no pude resistir á las súplicas del buen anciano, y concluí por prometerle ser suyo la mitad de mi tiempo.

Con un estrecho abrazo correspondió mi resolución, y tomando entónces la palabra de nuevo, me dijo: sí Genaro, es forzoso que vengas seguido, y aun el domingo que no vengas á quedarte, es preciso que me dediques algunas horas, porque como sabes, tengo necesidad de aleccionarte y para eso necesitamos de tiempo; debo instruirte en el negocio de que ya te he hablado, debo darte mis reglas, mis consejos y formarte á mi modo.

No es verdad que al fin tendré la satisfacción de ver en tí mi imagen? ¡Ojalá, señor, le conteste! con eso no podría tener más aspiraciones.

—Gracias Genaro, pero vamos, ven hijo mio, penetremos dentro; Clara debe tener vivos deseos

de conocerte, ayer le hablé mucho de tí, y le anuncié para hoy tu visita, es preciso que conozcas á ese ángel, ven te voy á conducir á su habitación.

Diciendo estas palabras D. Mariano me tomó del brazo, y comenzamos á penetrar por una serie de salones á cual mas bellos, algunos cubiertos de hermosas pinturas, otros de espejos, estatuas, bajos relieves, grabados, etc., etc., yo veía sorprendido el lujo que se ostentaba en todas las habitaciones de mi generoso protector, repentinamente nos detuvimos en un pequeño salon, tapizado de moharé blanco tanto los muebles, como las paredes, y el techo, todo participaba del mismo matiz y estofa; grandes y hermosos espejos descansaban en consolas de blanco mármol, estatuas y jarrones de agata, cristales y alabastro adornaban este delicioso salon, ostentábanse en él mil trabajos curiosos de mano. obras todas de la jóven que lo habitaba; grupos de flores deliciosamente matizadas, y diseminadas con caprichoso descuido, embalsamaban el ambiente de aquel precioso santuario; hermosos pájaros, aprisionados en jaulas de cristal y oro, hacian resonar el aire con sus dulces trinos; todo parecia allí reunido para rodear de encanto y de poesía al sér que lo habitase.

Quando penetramos en el salon que llevo des-

crito, D. Mariano me dijo: este es el salon ó gabinete de Clara, espérame un momento hijo mio, voy á traerte el ángel de mi vida, el sostén demi vejez, y la que forma las delicias de mi existencia; así hablando el buen anciano desapareció, y yo quedé por un instante solo.

De nuevo la imágen de Leonor se presentó á mi vista, parecíame escuchar el dulce éco de su voz, y mi corazon se estremecía violentamente con este recuerdo; la llegada de D. Mariano me arrebató de mis reflexiones; no venia solo, una hermosa jóven como de quince abrilles le seguía, suspendida de su brazo.

Clara era realmente hermosa, una de esas bellezas que enloquecen y apasionan; veíase en ella en toda su pureza el tipo italiano; mediana estatura, formas bellísimas, ojos rasgados y negros como el asabache, sus grandes pestañas rizadas dejaban ver la ardiente y fogosa expresion de su mirada, su nariz era griega, su espaciosa frente tersa y blanca como alabastro, miéntras en sus frescas mejillas se ostentaban los colores de la rosa de carmin los lábios de su pequeña boca, y su sedosa y abundante cabellera de un castaño oscuro que realizaba su belleza; su blanco trage de muselina aprisionaba los delicados miembros de la encantadora jóven, grandes listones de verde esme-

ralda rodeaban su delicado talle, y su nacarado cuello; ostentaba en su peinado una blanca flor que rivalizaba con su tez, este era el único adorno de la niña, lleno de sencillez y de poesía.

Clara parecia muy dichosa, la alegría brillaba en toda su persona, se presentó ante mí como el ángel de la felicidad, y al verla no pudo ménos de sorprenderme su belleza; D. Mariano satisfecho de la impresion que la vista de su hija me causaba, se acercó á mí, y volviéndose á Clara, éste es, hija mia, le dijo, el jóven de quien tanto te he hablado; amo á Genaro como á un hijo, vida mia, profésale tú el cariño de una hermana.

¡Ah, señor, tanta bondad me confunde! exclamé entónces conmovido, mas Clara no me dejó continuar, una dulce sonrisa vagó por sus labios, y tendiéndome su mano.

Genaro, me dijo, desde hoy somos hermanos, omite cumplimientos de sociedad, mi padre me ha hablado de tí, por él conozco tu corazon y tu carácter, la franqueza reina siempre en la familia, y ella debe ser la base de nuestra amistad.....

El buen anciano comtemplaba enloquecido á su hija; yo estaba confundido.

Señorita, dije despues de un instante de silencio, vuestra bondad me confunde, vuestras pala-

bras llegan hasta el fondo de mi alma, ¡ah! la belleza de vuestro corazón me enloquece.

Soy enemiga de la lisonja, replicó la joven; por otra parte Genaro, ¿por qué no me llamáis por mi nombre? ¿acaso no somos hermanos?

Sí, Clara, perdonad, teneis razón, me apresuré á responderla y volviéndome á D. Mariano, vuestra hija es un ángel, le dije; ¡oh cuán feliz sois de tenerla siempre á vuestro lado!

El buen anciano sonrió, y dirigiéndose á mí, toma por el brazo á Clara, me dijo, y vamos á dar una vuelta por el jardín mientras nos sirven la comida. A las palabras de mi protector me acerqué presuroso á su encantadora hija, Clara apoyó su brazo en el mío, D. Mariano caminaba también á mi lado, y los tres salimos de los departamentos, dirigiéndonos á los hermosísimos jardines de la casa, que tenían el aspecto más risueño y hermoso que se puede encontrar.

Yo verdaderamente me hallaba encantado, el trato de aquellas personas tan finas y amables me tenía cautivado, la conversacion de Clara me dió á conocer desde luego que mi hermosa amiga tenía una instruccion bien vasta y una educacion completa y esmerada: de manera que luego conocí como no me engañaba mi corazón, cuando desde niño me había hecho sentir tantas simpa-

tías por el bello sexo, al cual desde entonces me veía inclinado por una fuerza sobrenatural, que no asertaba yo á comprender.

El paseo por el jardín duró cerca de una hora, en seguida D. Mariano quiso que penetrásemos en el bosque; éste no era forzoso recorrerlo á pié, porque en todas direcciones se hallaba cruzado por un canal, estrecho es verdad, pero en el cual podia navegar una ancha góndola. D. Mariano quiso pues, que el bosque lo recorriésemos navegando en él, y en efecto así lo hicimos, entrando en la hermosa y elegante góndola con sus cortinas rojas: cuatro marineros bien vestidos se colocaron en la popa y comenzaron á remar, internándonos insensiblemente en medio de aquel delicioso sitio.

De cuando en cuando apartábamos la vista del triste manuscrito para fijarla en el camino: los campos de Inglaterra tan cuidadosamente cultivados, esa arena roja con que marcan los senderos en sus jardines, el límpido cristal de algunos lagos, la hermosa fachada de una quinta semi oculta en la arboleda todos estos risueños panoramas detenian por breves instantes nuestra atencion; pero el interés cada vez mas vivo que inspiraba en nosotras la historia de Genaro,